

CAPÍTULO XVI

De qué manera el amor excesivo del bienestar puede dañar al mismo bienestar.

Existe un enlace más estrecho de lo que se piensa entre la perfección del alma y la mejora de los bienes del cuerpo; el hombre puede dejar separadas estas dos cosas, y contemplarlas alternativamente, más no podrá nunca separarlas del todo sin perderlas al fin ambas de vista.

Las bestias tienen los mismos sentidos que nosotros, y poco más ó menos quieren las mismas cosas; no hay pasiones materiales que no sean comunes y cuyo germen no se encuentre en un perro como en nosotros mismos. ¿De dónde viene, pues, que los animales no saben proveer sino á sus primeras y más groseras necesidades, mientras que nosotros variamos á lo infinito nuestros goces y los aumentamos sin cesar?

Lo que en esto nos hace superiores á las bestias, en que empleamos nuestra alma en encontrar los bienes materiales hacia los cuales ellas son conducidas sólo por el instinto. En el hombre, el alma enseña al cuerpo el arte de satisfacerse, y por él capaz de elevarse sobre los bienes corporales y despreciar hasta la vida, cosa de que las bestias no tienen ni aun idea, sabe multiplicar estos mismos bienes hasta un grado que aquéllas no pueden tampoco concebir.

Todo lo eleva, engrandece y ensancha el alma, lo hace más capaz de salir bien aun en empresas en que no se trata absolutamente de ello. Todo lo que le enerva, por el contrario ó le humilla,

la debilita para todas las cosas, así grandes como pequeñas, y amenaza hacerla casi tan inepta para las unas como para las otras.

Por lo tanto, es preciso que el alma permanezca grande y vigorosa, aunque no sea sino para que pueda poner de tiempo en tiempo su fuerza y su grandeza al servicio del cuerpo.

Si los hombres llegasen alguna vez á contentarse sólo con los bienes materiales, es de creer que perderían poco á poco el arte de producirlos, acabando por gozar de ellos sin discernimiento y sin progreso, como los brutos.

CAPÍTULO XVII

Por qué en los tiempos de igualdad y de duda importa alejar el objeto de las acciones humanas.

En los siglos de fe, se coloca el objeto final de la vida más allá de ella misma. Los hombres de tales épocas se acostumbran naturalmente y, por decirlo así, sin querer, á considerar un objeto inmóvil hacia el cual marchan siempre, y poco á poco aprenden á reprimir mil pequeños deseos pasajeros, para llegar después á satisfacer mejor este grande y permanente que les atormenta. Cuando los mismos hombres quieren ocuparse de las cosas de la tierra, se vuelven á encontrar con semejantes hábitos y fijan á sus acciones de acá abajo un objeto general y determinado, hacia el cual se dirigen todos sus esfuerzos. No se les ve emprender diariamente nuevos proyectos, pero tienen ciertos designios que no dejan de proseguir. Esto explica, por qué los pueblos religiosos han hecho tantas cosas durables; se ve que al ocuparse del otro mundo, habían hallado el gran secreto de ser felices en éste.

Las religiones habitúan generalmente al hombre á conducirse en vista del porvenir, siendo en esto tan útiles á la felicidad de esta vida como á la de la otra, y ved aquí uno de sus principales aspectos políticos.

Pero á medida que se oscurecen las luces de la fe, la vista de los hombres se recoge, y se diría que cada vez el objeto de las acciones humanas, les parece más próximo.

Quando un día se han acostumbrado á no ocuparse de lo que

debe sucederles después de su vida, se les ve recaer fácilmente en esa completa y brutal indiferencia del porvenir, que es tan conforme á ciertos instintos de la especie humana; así que pierden la costumbre de colocar el objeto de sus principales esperanzas á una larga distancia, se inclinan á realizar sin retardo sus menores deseos, y parecen que desde el momento en que desesperan de vivir eternamente, se disponen á obrar como si no debiesen existir sino un solo día.

Siempre es de temerse en los siglos de incredulidad que los hombres se entreguen diariamente á la contingencia de sus deseos, y que renunciando del todo á obtener lo que no pueden adquirir sin muchos esfuerzos, no funden nada grande, pacífico ni estable.

Este peligro es todavía mayor si en un pueblo que tenga tales disposiciones, el estado social se hace democrático.

Cuando cada uno trata incesantemente de mudar de puesto, cuando inmensa concurrencia se abre á todos y las riquezas se acumulan y se disipan en pocos instantes en medio del tumulto de la democracia, la idea de una fortuna fácil y repentina, de grandes bienes prontamente adquiridos y perdidos y la imagen de la casualidad bajo todas sus formas, se presenta al espíritu humano. La inestabilidad del estado social favorece la volubilidad natural de los deseos, y en medio de estas perpetuas fluctuaciones de la suerte, lo presente se engrandece, oculta el porvenir que se borra y los hombres no quieren ocuparse sino del día siguiente.

En esos países en que desgraciadamente se encuentran la irreligión y la democracia, los filósofos y los gobernantes deben interesarse en alejar siempre de la vista de los hombres el objeto de las acciones humanas.

Es preciso que el moralista aprenda á defenderse circunscribiéndose al espíritu de su siglo y de su país; que diariamente se esfuerce en hacer ver á sus contemporáneos que en medio del movimiento perpetuo que los rodea, es más fácil de lo que ellos suponen, concebir y ejecutar grandes empresas; que les haga ver que aunque la humanidad haya cambiado de aspecto, los métodos con cuya ayuda pueden los hombres procurarse la prosperidad de este mundo, son los mismos, y que en los pueblos democráticos,

como en otra parte, sólo resistiendo á mil pequeñas pasiones particulares de todos los días, es como se puede llegar á satisfacer la general del bienestar, que atormenta continuamente.

El deber de los que gobiernan se halla asimismo determinado, pues si en todos tiempos conviene que los que dirigen las naciones se conduzcan con la mira del porvenir, todavía es esto más necesario en los siglos democráticos y de incredulidad. Obrando así, los jefes de la democracia hacen, no solamente prosperar los negocios públicos, sino que con su ejemplo enseñan á los particulares el arte de conducir los privados.

Es preciso que se esfuercen en desterrar cuanto les sea posible el acaso, del mundo político.

La súbita y mal merecida elevación de un cortesano, no produce sino una impresión pasajera en un país aristocrático, porque el conjunto de las instituciones y de las creencias obliga habitualmente á los hombres á marchar con lentitud por vías de que no pueden separarse.

Pero nada hay tan pernicioso como presentar semejantes ejemplos á un pueblo democrático; ellos acaban por precipitar su corazón hacia la corriente que todo lo arrastra, y principalmente en los tiempos de escepticismo y de igualdad es cuando se debe evitar con cuidado que el favor del pueblo ó el del príncipe, que la casualidad os acuerda, y del que ella misma puede privaros, ocupe el lugar de la ciencia y de los servicios. Debe desearse que cada progreso parezca el fruto de un esfuerzo; de tal suerte que no haya grandezas fáciles de adquirir, y que la ambición se vea obligada á fijar por largo tiempo sus miradas en un objeto antes de lograrlo.

Es preciso que los gobiernos se interesen en volver á dar á los hombres ese gusto por el porvenir, que no inspira ya la religión ni el estado social y que, sin decirlo, enseñen cada día prácticamente á los ciudadanos que la riqueza, el poder y la fama, son la recompensa del trabajo; que los buenos sucesos se encuentran al final de los largos deseos, y sólo es durable lo que se obtiene con dificultad.

Cuando los hombres se han habituado á prever muy anticipadamente lo que les debe suceder acá abajo, y alimentarse con esperanzas, les es difícil contener su espíritu en los límites preciosos

de la vida y están dispuestos á traspasarlos para extender más allá su vista.

No dudo que habituando á los ciudadanos á pensar en el porvenir en este mundo, se le acercaría poco á poco, y sin que ellos mismos lo supiesen, á las creencias religiosas.

Por tanto, el medio que permite á los hombres hasta cierto punto vivir sin religión, es quizá el único que queda para conducir el género humano hacia la fe, por un largo rodeo.

CAPÍTULO XVIII

Por qué razón entre los americanos todas las profesiones decentes son reputadas honoríficas.

En los pueblos democráticos, en que hay riquezas hereditarias, cada uno trabaja para vivir, ó ha trabajado, ó nacido de gentes que han trabajado. La idea del trabajo se presenta al espíritu del hombre como condición necesaria, natural y razonable del género humano.

No sólo no deshonra el trabajo en estos pueblos, sino que se considera como muy decoroso, y la preocupación no obra en contra de él, sino antes le favorece. En los Estados Unidos, un hombre rico mira como un deber para con la opinión pública, el consagrar sus ocios á alguna operación de industria, de comercio ó de interés público, y creería adquirir mala fama si no se cuidase más que de vivir. Muchos americanos ricos se vienen á Europa huyendo de la obligación de trabajar, y aquí encuentran sociedades aristocráticas entre las cuales la ociosidad es todavía honorífica.

La igualdad, no solamente rehabilita la idea del trabajo, sino que la realza procurando un lucro.

En las aristocracias no es precisamente el trabajo lo que se desprecia, sino la ganancia ó provecho. El trabajo es glorioso cuando la ambición ó la virtud lo inspiran únicamente. Sin embargo, sucede con frecuencia bajo la aristocracia, que el que trabaja por el honor no es insensible al incentivo de la ganancia; pero estos dos deseos no se encuentran sino en lo más profundo de su alma; él tiene buen cuidado de ocultar á todos el lugar en

que se unen, y cada cual se lo encubre á sí propio. En los países aristocráticos apenas hay funcionario público que no pretenda servir sin interés al Estado. Su salario es cosa en que algunas veces se fijan poco, y de que siempre aparentan no ocuparse, así, la idea del lucro permanece distinta de la del trabajo, y por más que de hecho se hallen juntas, el pensamiento las separa.

En las sociedades democráticas, al contrario, estas dos ideas están siempre visiblemente unidas. Como el deseo del bienestar es universal, las fortunas son mediocres y pasajeras, y cada uno tiene necesidad de aumentar sus recursos ó procurarlos nuevos á sus hijos, todos ven con claridad que la ganancia es, si no en todo, á lo menos en parte, la que los inclina al trabajo. Los mismos que obran principalmente por el estímulo de la gloria, se familiarizan con la idea de que no la hacen sólo con esta mira, y descubren, cualesquiera que tengan, que el deseo de vivir se mezcla en ellos con el de hacer ilustre su vida.

Desde el momento en que todos los ciudadanos miran por una parte el trabajo como una honrosa necesidad de la condición humana y por otra, que él es visiblemente producido en todo ó en parte por la consideración del salario, el inmenso espacio que separaba las diversas profesiones en las sociedades aristocráticas desaparece, y si no son todas iguales, á lo menos tienen un rasgo semejante.

No hay ninguna profesión en que no se trabaje por el dinero, y el salario, que es común á todas, da á todas igualmente un aire de familia.

Esto sirve para explicar las opiniones de los americanos relativamente á las diversas profesiones.

Los individuos que entre los americanos se dedican al servicio doméstico, no se creen degradados por trabajar, pues alrededor de ellos todo el mundo trabaja; ni se sienten tampoco humillados con la idea de que reciben un sueldo, porque hasta el presidente de los Estados Unidos trabaja por un salario, y se le paga por mandar, así como á ellos por servir.

En los Estados Unidos las profesiones son más ó menos penosas, más ó menos lucrativas, pero nunca se consideran altas ni bajas. Toda profesión decente es honrada.

CAPITULO XIX

Lo que inclina á casi todos los americanos á las profesiones industriales.

Creo que de todas las artes útiles, la agricultura es la que hace menos progresos en las naciones democráticas y aun podría decirse que es estacionaria, porque muchas otras parecen que corren en sus adelantos.

Por el contrario, casi todos los gustos y hábitos que nacen de la igualdad, conducen naturalmente á los hombres hacia el comercio y la industria.

Figurémonos un hombre activo, ilustrado, libre, con comodidades, lleno de deseos; este hombre, demasiado pobre para poder vivir ocioso y bastante rico para no temer hallarse en la necesidad, se ocupa en mejorar su suerte. Como ha concebido el gusto por los goces materiales y ve á otros muchos que se abandonan á estos gustos, ha empezado á entregarse á ellos y se consume por aumentar los medios de satisfacerlos todavía más. Sin embargo la vida se pasa, el tiempo urge y ¿qué hace?

El cultivo de la tierra promete á sus esfuerzos resultados ciertos, pero lentos, y nadie se enriquece por este medio, sino poco á poco y con dificultad. La agricultura no conviene, sino á los ricos que tienen ya un gran sobrante ó á los pobres que no aspiran sino á vivir. La resolución está tomada, vende sus tierras, deja su habitación y se dedica á cualquier otra carrera ariesgada, pero lucrativa.

Las sociedades democráticas abundan en gentes de esta espe-

cie, que crecen á medida que la igualdad de las condiciones se aumenta.

No solamente multiplica la democracia el número de los trabajadores, sino que los inclina más bien á un trabajo que á otro, y mientras que les hace odiar la agricultura, los dirige hacia el comercio y la industria (1).

Esta inclinación se muestra hasta en los ciudadanos más ricos, pues por opulento que se suponga á un hombre en los países democráticos, está siempre descontento de su fortuna, porque se encuentra menos rico que su padre y teme que sus hijos lo sean todavía menos que él. La mayor parte de los ricos de las democracias piensan sin cesar en los medios de adquirir las riquezas, y vuelven naturalmente su vista hacia el comercio y la industria, que les parecen los medios más prontos y seguros de procurársela.

Participan en esto de los sentimientos del pobre sin tener sus necesidades ó más bien se hallan impedidos por las más imperiosa necesidad, que es la de no ir á menos. En la aristocracia, los ricos son al mismo tiempo los que gobiernan. La atención que prestan constantemente á los grandes negocios públicos, los separa de los pequeños cuidados que exigen el comercio y la industria. Sin embargo, si la voluntad de alguno de ellos se dirige por

(1) Muchas veces se ha observado que los comerciantes y los hombres dedicados á la industria tienen un gusto inmoderado por los goces materiales, acusándose de esto al comercio y á la industria; pero yo creo que se ha tomado el efecto por la causa. No es ciertamente el comercio ni la industria lo que sugiere á los hombres el gusto por los goces materiales, sino más bien este mismo gusto es el que les conduce hacia las profesiones comerciales é industriales, porque esperan satisfacerse en ellos más pronto y más cumplidamente.

Si el comercio y la industria contribuye á aumentar el deseo del bienestar, esto proviene de que toda pasión se fortifica á medida que el hombre se ocupa de ella, y crecen con los esfuerzos que se hacen para satisfacerla.

Todas las causas que hacen predominar en el corazón humano el amor de los bienes de este mundo, desenvuelven el comercio y la industria. La igualdad es una de ellas; favorece el comercio, no directamente dando á los hombres el gusto por los negocios, sino indirectamente fortificando y generalizando en sus almas el amor del bienestar.

casualidad hacia el negocio, la del cuerpo viene presto á estorbarle el paso; por más que se levante contra el imperio del número, nunca escapa completamente de su yugo, y en el seno mismo de los cuerpos aristocráticos que se niegan tan obstinadamente á reconocer los derechos de la mayoría nacional, se forma una particular que gobierna (1).

En los países democráticos, en que el dinero no sirve para conducir al poder al que lo posee, y más bien lo separa de él frecuentemente, los ricos no saben que hacer de sus ocios. La inquietud y la grandeza de sus deseos, la extensión de sus recursos, el gusto por lo extraordinario que experimentan casi siempre los que se elevan, de cualquiera manera que sea, sobre la multitud, los apresura siempre á obrar, y sólo encuentran abierta la ruta del comercio. En las democracias no hay nada más grande ni más brillante que el comercio: atrae las miradas del público, llena la imaginación de la multitud y hacia él se dirigen todas las pasiones enérgicas. Nada puede impedir á los ricos entregarse al comercio, ni sus propias preocupaciones, ni las de ningún otro. Los ricos de las democracias no forman nunca un cuerpo que tenga costumbres y orden especiales; las ideas propias de su clase no los detienen y las generales de su país los impelen. Como, por otra parte, las grandes fortunas que se ven en el seno de un pueblo democrático han tenido casi siempre un origen comercial, es necesario que se sucedan muchas generaciones antes que sus poseedores hayan perdido enteramente el hábito de los negocios.

Los ricos de las democracias, reducidos al estrecho espacio que la política les deja, se lanzan por todas partes al comercio, porque en él pueden extenderse y usar de sus ventajas naturales; en cierto modo, por la audacia misma y las grandezas de sus empresas industriales, se debe juzgar el poco caso que habrían hecho de la industria si hubieran nacido en el seno de una aristocracia.

La misma observación es aplicable á todos los hombres de las democracias, sean pobres ó ricos.

Los que viven en medio de la inestabilidad democrática tienen incesantemente ante los ojos la imagen de la casualidad y acaban por amar todas las empresas en que ésta figura. Se inclinan todos

(1) Véase la nota al final de este tomo.

al comercio, no solamente por el lucro que promete, sino por las agitaciones que experimentan.

Hace sólo medio siglo que los Estados Unidos de América salieron de la dependencia colonial en que los tenía Inglaterra; por esto, el número de las grandes fortunas es muy reducido y los capitales todavía raros. Sin embargo, no hay pueblo sobre la tierra que haga progresos tan rápidos en la industria y en el comercio como los americanos; hoy forman la segunda nación marítima del mundo, y aunque sus manufacturas tengan que luchar contra obstáculos naturales casi insuperables, no dejan por eso de desarrollarse diariamente.

Las más grandes empresas industriales se ejecutan sin dificultad en los Estados Unidos, porque la población entera se mezcla en la industria, y el más pobre, lo mismo que el ciudadano más opulento, unen con gusto sus esfuerzos para este fin. Es admirable, sin duda, el ver los trabajos inmensos que ejecuta cada día sin dificultad una nación en donde, por decirlo así, no hay ningún rico.

Los americanos llegaron ayer al suelo que habitan y han trastornado ya el orden de la naturaleza en su provecho. Han unido el Hudson al Missisipí, hecho comunicar al Océano Atlántico con el golfo de Méjico, atravesando más de quinientas leguas de continente que separan estos dos mares, y hoy, los más grandes caminos de hierro que existen, se hallan en América.

Pero lo que más llama la atención en los Estados Unidos, no es la grandeza extraordinaria de algunas empresas industriales, sino la multitud innumerable de las pequeñas.

Casi todos los cultivadores de los Estados Unidos han agregado alguna especie de comercio á la agricultura, y la mayor parte han hecho de la agricultura un comercio. Es raro que un cultivador americano se fije siempre en el suelo que ocupa. En las nuevas provincias del Oeste, principalmente, se desmonta un campo para venderlo después y no para cultivarlo; se construye una granja con la esperanza de que viniendo presto á cambiar el estado del país por el continuo aumento de la población, se podrá obtener un buen precio por ella.

Todos los años baja un número considerable de habitantes del Norte hacia el Mediodía, y viene á establecerse en los países don-

de se cultiva el algodón y la caña dulce. Estos hombres labran la tierra con el objeto de hacerla producir en pocos años lo bastante para enriquecerse y entrever ya el momento en que podrán volver á su patria á gozar de una comodidad así adquirida. Los americanos extienden, pues, á la agricultura, el espíritu de negocio, y sus pasiones industriales se muestran allí como en cualquiera otra parte.

Los americanos hacen inmensos progresos en la industria, porque se ocupan todos á la vez de ella, y por esta misma causa están sujetos á crisis industriales inesperadas y muy formidables.

Como todos ellos se ocupan del comercio, se halla éste sujeto á influencias tan numerosas y tan complicadas, que es imposible preveer con anticipación las dificultades que pueden nacer; y como cada uno se mezcla más ó menos en la industria, al menor choque que los negocios experimentan, todas las fortunas particulares flaquean al mismo tiempo y el Estado vacila.

Creo que la reproducción de las crisis industriales es una enfermedad endémica en las naciones democráticas de nuestros días, y aunque se la puede hacer menos peligrosa, no será fácil curarla, porque no depende de un accidente, sino de la compleción misma de estos pueblos.

CAPÍTULO XX

De qué manera podría la aristocracia originarse de la industria.

He hecho ver cómo la aristocracia favorecía el desarrollo de la industria y multiplicaba sin término el número de los que se dedican á ella: veamos ahora por qué ruta desviada podría la industria á su vez conducir los hombres á la aristocracia.

Se ha observado que cuando un obrero se ocupa todos los días de un mismo trabajo, se consigue más fácilmente, más pronto y con más economías la producción general de la obra.

También se ha visto que mientras más en grande se emprendía una industria, con más fuertes capitales y crédito, tanto más baratos eran sus productos. Estas verdades se entreveían desde hace mucho tiempo; pero no se han demostrado sino en nuestros días. Se aplican ya á varias industrias muy importantes, y sucesivamente las adoptan también las menores.

Nada veo en el mundo político que deba fijar más la atención del legislador que estos dos nuevos axiomas de la ciencia industrial.

Cuando un artesano se entrega de un modo exclusivo y constante á la fabricación de un solo objeto, acaba por desempeñar este trabajo con una destreza singular; pero pierde al mismo tiempo la facultad general de aplicar su espíritu á la dirección del trabajo: cada día se hace más hábil y menos industrial, y puede decirse que el hombre se degrada en él á medida que el obrero se perfecciona.

¿Qué puede esperarse de un hombre que ha empleado veinte

años de su vida en hacer cabezas de alfileres? ¿Á qué podrá en lo sucesivo aplicar esa poderosa inteligencia humana, que tantas veces ha conmovido el mundo, sino á buscar el mejor medio de hacer cabezas de alfileres?

Cuando un artesano ha consumido de esta suerte una porción considerable de su existencia, se encuentran sus ideas detenidas en el objeto diario de sus labores; su cuerpo ha contraído ciertos hábitos fijos de que no puede dispensarse; en una palabra, no pertenece ya á sí mismo, sino á la profesión que ha escogido. En vano las leyes y las costumbres procurarán romper alrededor de él todas las barreras y abrirse por todos lados diferentes vías hacia la fortuna; pues una teoría industrial más poderosa que las costumbres y las leyes le ha ligado á un oficio, y á veces á un lugar que no puede dejar.

Ella misma le ha asignado en la sociedad un puesto de que no puede separarse y en medio del movimiento universal, le ha hecho inmóvil.

A medida que el principio de la división del trabajo recibe una aplicación más completa, el obrero viene á ser más débil, más limitado y más dependiente. El arte progresa y el artesano retrógrada.

Por otra parte, á medida que se descubre manifiestamente que los productos de una industria son tanto más perfectos y menos caros cuanto la manufactura es más basta y el capital mayor, los hombres muy ricos y muy instruídos se presentan á ocuparse de industrias, que hasta entonces habían estado en manos de artesanos ignorantes y atrasados. Los grandes esfuerzos que se requieren y la inmensidad de resultados que deben obtenerse, los atraen.

Así, pues, al mismo tiempo que la ciencia industrial deprime incesantemente la clase de los obreros, eleva la de los maestros y directores. Mientras que el obrero reduce más y más su inteligencia al estudio de un solo detalle, el dueño extiende su vista sobre un conjunto más vasto y su espíritu se ensancha á proporción que el del otro se estrecha: muy pronto el segundo no necesita más que la fuerza física sin la inteligencia, mientras que el primero tiene siempre necesidad de la ciencia y casi del ingenio, para tener buen éxito. El uno se parece cada vez más al administrador de un vasto imperio y el otro á un bruto.

El dueño y el obrero no tienen nada de semejante y cada día difieren más: son como los dos anillos finales de una larga cadena. Cada uno ocupa un puesto que está destinado para él y del cual no sale jamás. El uno se halla en una dependencia continua, estrecha y necesaria del otro, y parece nacido para obedecer, como éste para mandar. ¿Y qué es esto sino aristocracia?

Viniendo á igualarse las condiciones cada vez más en el cuerpo de la nación, la necesidad de los objetos manufacturados se generaliza y se aumenta, y el precio moderado que pone estos objetos al alcance de las fortunas mediocres, viene á ser un grande elemento de buen éxito.

Así, se observa cada día que los hombres más opulentos é ilustrados consagran á la industria sus riquezas y su ciencia, y tratan de satisfacer los nuevos deseos que se manifiestan por todas partes, abriendo grandes talleres y dividiendo estrictamente el trabajo.

Á medida que la masa de la nación se inclina á la democracia, la clase particular que se ocupa de industria se vuelve más aristocrática. Los hombres se hacen cada vez más semejantes en la una y más diferentes en la otra, y la desigualdad crece en la pequeña sociedad á proporción que disminuye en la grande. Esta es la razón porque remontando al origen, parece que se ve la aristocracia salir por un esfuerzo natural del seno mismo de la democracia: mas esta aristocracia no se asemeja en nada á las que la han precedido; pues desde luego se notará que no aplicándose sino á la industria y á algunas profesiones industriales solamente, es una excepción ó un monstruo, en el estado social.

Las pequeñas sociedades aristocráticas que forman ciertas industrias en medio de la inmensa democracia de nuestros días, encierran, como las grandes sociedades aristocráticas de los antiguos tiempos, algunos hombres muy opulentos y una multitud muy miserable. Estos pobres tienen pocos medios para salir de su condición y hacerse ricos; pero los ricos frecuentemente se vuelven pobres, ó dejan el negocio después de haber obtenido sus utilidades. Así, los elementos que forman la clase de los pobres son casi fijos, pero no lo son los que componen la clase de los otros. En verdad, aunque haya ricos, no existe esta clase, porque no tienen inclinaciones ni objetos comunes, tradiciones ni esperanzas iguales, de manera que hay miembros, pero no cuerpo.

No solamente no están unidos los ricos con solidez entre sí, sino que puede decirse que no hay lazo verdadero entre el pobre y el rico. Nunca están perpetuamente fijos el uno cerca del otro, pues á cada instante el interés los une y los separa. El obrero depende en general de los dueños, pero no de un dueño determinado. Estos dos hombres se ven en la fábrica y no se conocen fuera, y mientras que por un lado están unidos, por los demás permanecen muy separados. El dueño de una manufactura no pide al obrero sino su trabajo, y éste no espera de aquél sino el salario.

El uno no se compromete á proteger ni el otro á defender, y no se hallan ligados de un modo permanente por el hábito ni por el deber. La aristocracia que funda el negocio, jamás se fija en medio de la población industrial que dirige, pues su objeto no es gobernarla, sino servirse de ella.

Una aristocracia así constituida no puede asegurar fuertemente á los que emplea, y si lo consigue por un momento, bien pronto se le escapan.

La aristocracia territorial de los siglos pasados estaba obligada por la ley ó se creía obligada por las costumbres á venir al socorro de sus servidores y á aliviar sus miserias; pero la aristocracia manufacturera de nuestros días, después de haber empobrecido y embrutecido á los hombres de que se sirve, los abandona en los tiempos de crisis á la caridad pública para que los mantenga. Esto resulta naturalmente de lo que precede. Entre el obrero y el dueño, las relaciones son frecuentes, pero no existe nunca una asociación verdadera.

Sea lo que fuere, pienso que la aristocracia manufacturera que vemos elevarse es una de las más severas que hayan podido aparecer en la tierra; pero al mismo tiempo, una de las más limitadas y de las menos peligrosas.

Con todo, este es el lado hacia donde los amigos de la democracia deben dirigir con más inquietud su atención, porque si la desigualdad permanente de las condiciones y la aristocracia penetran de nuevo en el mundo, se puede decir que lo harán por esta entrada.
